

AMAPOLA

Tomás Urtusástegui

2009

PERSONAJES: AMAPOLA
ALFONSO

AMAPOLA: Qué bello lugar, no lo conocía.

ALFONSO: Me da gusto que estés contenta con el paseo. ¿Ya viste que hay amapolas? Como tu nombre.

AMAPOLA: Ya es difícil encontrarlas con eso que están prohibidas. Nunca pensé que prohibieran las flores.

ALFONSO: Es por lo de la droga.

AMAPOLA: Ya lo sé. Lástima. Pero bueno, dejemos eso, ahora dime dónde vamos. Desde que salimos de la casa casi no has hablado.

ALFONSO: Venimos aquí, al bosque. ¿No te ha gustado siempre?

AMAPOLA: Bueno, sí, pero...

ALFONSO: ¿Pero qué?

AMAPOLA: Estoy sorprendida. No es fin de semana, tú deberías estar en tu trabajo, yo tengo mis clases, los niños van a salir al rato de la escuela y tenemos que ir por ellos. Por eso te pregunto que a dónde vamos.

ALFONSO: Siempre te quejas que no te atiendo, que no te llevo a ningún lado, que... Bueno, todo. Nada mío te gusta. Ahora que te traigo de paseo tampoco estás contenta.

AMAPOLA: Sí estoy contenta pero...

ALFONSO: Otro pero.

AMAPOLA: Repito que hay que ir por los niños. Lo demás lo arreglaré después. ¿O alguien va a ir por ellos?

ALFONSO: Yo, yo voy a ir.

AMAPOLA: Entonces es tiempo de regresar, ya ves como estaba el tránsito cuando salimos.

ALFONSO: Déjame a mí arreglar las cosas, disfruta del momento. Si llego un poco tarde sólo me hacen pagar una cantidad y ya. Con dinero todo se arregla en México. Tú ve el paisaje.

AMAPOLA: Tan bello lugar y tan fea esa casa que está allá. Aquí deberían haber cabañas o casas rústicas. Es una construcción como de colonia popular.

ALFONSO: Si te dijera que a esa casa vamos.

AMAPOLA: ¿A esa casa? ¿Quién vive ahí?

ALFONSO: Nadie, está desocupada.

AMAPOLA: ¿Cómo lo sabes?

ALFONSO: Yo todo lo sé ¿o no?

AMAPOLA: No empecemos otra vez.

ALFONSO: Tienes razón, no vale la pena volver a lo mismo de siempre. Tú, tu familia y tu dinero siempre han ganado. Sobre todo lo último.

AMAPOLA: Cuando nos casamos sabías que mi familia era rica y eso no te importó, o al menos eso dijiste.

ALFONSO: No me importó hasta saber que todo giraría alrededor de eso, del dinero. Yo tuve que dejar mi pintura para buscar un trabajo que me diera dinero, debo una cantidad que nunca podré pagar por comprar la casa del Pedregal, este auto también está comprado a plazos. Mi vida está hipotecada.

AMAPOLA: No te quejes, bien que has disfrutado todo esto y lo que te ha dado mi familia.

ALFONSO: No me quejo, al contrario, se los agradezco. Las limosnas siempre se agradecen ¿o no?

AMAPOLA: No quiero hablar de eso.

ALFONSO: Por supuesto que no quieres, esa ha sido tu arma preferida. ¿De qué quieres hablar el día de hoy? Ya sé, hablabas de la casa. Ya

llegamos, vela de cerca. A mí tampoco me gusta. Ya ves que ocasionalmente coincidimos en gustos. Bájate.

AMAPOLA: ¿A qué? No tengo nada que hacer en este lugar. Ya vámonos que me estoy poniendo nerviosa.

ALFONSO: Dije que te bajes.

AMAPOLA: ¿Es una orden?

ALFONSO: Normalmente mis órdenes nunca se cumplen. Hoy sí lo vas a hacer.

AMAPOLA: ¿Y si no quiero?

ALFONSO: Sí vas a querer.

AMAPOLA: Pues fíjate que no. Y no perdamos más tiempo. No acabo de entender para qué te paras en esta casa abandonada. ¿Tratas de asustarme? De verdad no lo entiendo.

ALFONSO: Cuando te bajes del auto empezará a hacerlo.

AMAPOLA: Ya te dije que no voy a bajar.

ALFONSO: No me gustaría lastimarte.

AMAPOLA: ¿Piensas bajarme a la fuerza? ¿Qué te sucede? ¿Te estás volviendo loco o qué? Dame las llaves, yo manejo de regreso.

ALFONSO: Las llaves ya las guardé como puedes ver. Y sí, pueda que me esté volviendo loco. ¿De casualidad tú sabes por qué?

AMAPOLA: Ahora me vas a echar la culpa de tus cosas.

ALFONSO: Estoy esperando. ¡Bájate!

AMAPOLA: No lo voy a hacer. Entiende.

ALFONSO: Te pido perdón de antemano si te lastimo un poco.

AMAPOLA: ¿Qué haces estúpido? Me duele.

ALFONSO: No te resistas.

AMAPOLA: ¡Ay! Eres un bruto, deja mi brazo.

ALFONSO: ¡Qué te bajes, te digo!

AMAPOLA: ¡No me empujes!

ALFONSO: ¡Rápido!

AMAPOLA: Te digo que me lastimas. Eres un animal.

ALFONSO: ¡Muévete!

AMAPOLA: Bien, ya estoy fuera. ¿ Ahora qué?

ALFONSO: Entra.

AMAPOLA: Es una casa privada. Cómo voy a entrar.

ALFONSO: Fácil. Abres la puerta y te introduces en ella.

AMAPOLA: No tengo llave.

ALFONSO: Pero yo sí. Mira, aquí está. Yo voy a abrir por ti.

AMAPOLA: Me voy.

ALFONSO: Estamos muy lejos de cualquier lugar habitado, pero si quieres, no creo que con esos tacones puedas caminar mucho.

AMAPOLA: Ese es mi problema.

ALFONSO: Tú no vas a ningún lado.

AMAPOLA: No serás tú el que me va a detener.

ALFONSO: Yo no, tienes razón, pero qué te parece esta pistola. Una bala sí te puede detener de golpe.

AMAPOLA: ¿Para qué traes un arma?

ALFONSO: Si fuera el lobo del cuento te diría para matarte mejor.

AMAPOLA: Muy mal chiste.

ALFONSO: Ya sé que todo lo mío es malo.

AMAPOLA: Me asusté un momento hace rato, ahora ya no. Si quieres quedarte en este lugar puedes hacerlo, yo me voy, dame la llave del auto.

ALFONSO: Hace un momento te invité a entrar a la casa y no lo has hecho.

AMAPOLA: ¿Para qué quieres que entre?

ALFONSO: Que tal que quiero hacerte el amor. Hace mucho que no lo hacemos.

AMAPOLA: Trae a las mujeres con las que andas. Yo no soy de esas.

ALFONSO: Eres mi mujer y por lo tanto tienes obligaciones. Una de ellas es acostarte con tu marido. Y eso de acostarte es un modo de decir, si quieres lo hacemos de pie o como perritos.

AMAPOLA: No seas vulgar.

ALFONSO: ¿Vas a entrar o no? Hoy no tengo la paciencia que acostumbro.

AMAPOLA: No lo voy a hacer y menos si me amenazas con esa pistolita que debe ser de juguete.

ALFONSO: ¿Oíste? Las de juguete no truenan así.

AMAPOLA: Me asustaste. Guarda eso, es peligroso.

ALFONSO: ¡Entra!

AMAPOLA: Este lugar apesta a mierda. Ha de estar lleno de ratas.

ALFONSO: Eso me da pena pues aquí vas a pasar varios días, espero que no te molesten demasiado.

AMAPOLA: ¿Qué? ¿De qué hablas?

ALFONSO: Siempre dices que no me entiendes, por lo tanto hablaré lo más claro que pueda. Sé que no terminé mis estudios y que mi cultura...

AMAPOLA: Di lo que tengas que decir.

ALFONSO: Es muy sencillo. Te traje aquí secuestrada. Te voy a encerrar en un cuarto que tiene de todo: su baño, un pequeño ropero con comida, refrescos, algunas cobijas, una almohada y nada más. Te iba a poner un aparato de tele pero después pensé que mejor no.

AMAPOLA: No sabía que hicieras bromas y menos bromas pesadas. Esta es de la peor especie que he oído en toda mi vida. Claro, de ti no se puede esperar otra cosa ¿o sí?

ALFONSO: No, por supuesto que no. Para terminar la información te comentaré que voy a pedir a tu familia dinero, mucho, es la verdad. Si no lo dan en tres días tendré que cortarte un dedo o la oreja, lo que tú prefieras, después seguiré...

AMAPOLA: No te voy a escuchar más. Abre la puerta.

ALFONSO: La voy a abrir, pero la de tu cuarto para que puedas entrar. Otra cosa molesta en esta casa es que no hay electricidad. Por eso no puse la tele, además iba a ser feo que me vieras declarando lo triste que estoy por tu desaparición y que me ponga a pedirle a la Virgen que te regrese pues nos haces mucha falta a mí y a nuestros hijos. Ya lo ensayé y me sale muy bien el numerito. Pienso que como eres de familia conocida pasará el reporte en todos los noticieros varias veces al día. Te vas a hacer famosa.

AMAPOLA: Mira, hablemos tranquilamente. Por lo que veo ya no te interesa vivir conmigo. Estoy dispuesta a darte el divorcio y claro, se sobreentiende, una cantidad de dinero para que vivas tranquilo.

ALFONSO: ¿Cuánto? Jamás le llegarás a lo que voy a pedir. Tú eres muy medida en los gastos, sobre todo si es algo para mí. Eres capaz de ofrecerme diez mil pesos mensuales o algo así.

AMAPOLA: Dime la cantidad y yo veré la forma de conseguir el dinero.

ALFONSO: ¿De verdad crees que soy tan pendejo? Perdón, a ti las malas palabras te molestan. Si crees que soy tan idiota. En cuanto llegáramos a la casa le hablarías a tus padres y yo al día siguiente estaría en el bote y del dinero...

AMAPOLA: Te puedo hacer un escrito.

ALFONSO: La única forma de conseguir la lana es ésta, encerrarte, pedir un rescate y...

AMAPOLA: ¿Y cuando lo paguen, qué va a pasar conmigo? ¿Me dejarás libre? ¿Te iras de la casa para siempre?

ALFONSO: No lo sé.

AMAPOLA: Debes saberlo, todo lo tienes planeado por lo que me doy cuenta.

ALFONSO: ¿Sabes una cosa? Se está haciendo tarde para recoger a los hijos, así que me voy. Entra a tu recámara de princesa. Tengo que poner los candados y cerrar todo.

AMAPOLA: Jamás entraré ahí.

ALFONSO: Dijiste no bajar del auto y lo hiciste, dijiste no entrar a la casa y lo hiciste, ahora dices no entrar al cuarto.

AMAPOLA: Así es.

ALFONSO: No me gusta la violencia.

AMAPOLA: Por última vez te pido que me dejes ir. Prometo no decir nada de lo que pasó este día a nadie.

ALFONSO: Gracias, no esperaba menos de ti. Lástima que te tengas que quedar. Para hoy tienes una torta de jamón y dos manzanas. Vas a poder seguir con tu dieta.

AMAPOLA: Jamás te he hecho nada para que me trates así. Si me casé contigo es porque te quería. Yo sólo quería tener un hijo y por darte gusto tuve tres. ¿No se te hace todo esto suficiente para que me trates de otro modo? Soy la madre de tus hijos y, por si se te olvida, tu esposa.

ALFONSO: Gracias por toda esta información. Me gusta, de verdad me gusta. Ahora pasa a donde te pedí.

AMAPOLA: Jamás.

ALFONSO: ¡Entra!

AMAPOLA: ¡Déjame! ¡Auxilio, me están matando! ¡Ay, ay, ay!

ALFONSO: Ni para gritar sirves. Tus grititos no los oirían ni donde está el auto.

AMAPOLA: ¡Que me sueltes! Ya me rompiste mi saco.

ALFONSO: De prisa. No tengo tu tiempo.

AMAPOLA: Te van a descubrir muy pronto y esto lo pagarás muy caro. Mi familia tiene los contactos para que pases el resto de tu vida en la cárcel.

ALFONSO: Uy, qué miedo. Mira como tiemblo.

AMAPOLA: También te pueden matar.

ALFONSO: Eso sí que estaría muy feo ¿ no crees? ¡Levántate del piso!

AMAPOLA: De aquí no me podrás mover.

ALFONSO: De joven arrastré bultos de cemento, más fácil será arrastrarte a ti.

AMAPOLA: ¡Suéltame! ¡Qué haces! Ay, me duele. ¡Auxilio, auxilio!

ALFONSO: Que te muevas pendeja.

AMAPOLA: ¡Me estás pateando!

ALFONSO: Te voy a patear y a madrear si siguen impidiendo que te lleve al cuarto.

AMAPOLA: ¡Dios mío, ayúdame!

ALFONSO: Y nada de lagrimitas, ya sabes cómo me cagan. Esa es tu cama. Acuéstate mientras cierro...¡Que te acuestes! Muy bien. Te deseo un buen descanso.

AMAPOLA: Poncho, tengo miedo, mucho miedo. Perdóname si alguna vez te ofendí o...

ALFONSO: Estás perdonada.

AMAPOLA: Por favor Alfonso, hazlo por tus hijos. Piensa cómo van a reaccionar si no me ven, también piensa en mi mamá, se va a enfermar más todavía.

ALFONSO: Eso será mala suerte. Qué tal que hasta se nos muere.

AMAPOLA: Por favor...

ALFONSO: Está bien, no he dicho nada de mi suegrita.

AMAPOLA: Siempre te ha tratado bien.

ALFONSO: Me voy, que te sea leve tu estancia. Te iba a decir que si se te ofrece algo me hables, pero como yo me llevo tu celular no vas a poder hacerlo.

AMAPOLA: No me dejes aquí.

ALFONSO: Ciao. Y digo eso en lugar de adiós para que veas que aprendo algo de ti. Ciao cariño.

AMAPOLA: ¡Alfonso, espera. Alfonso no me dejes aquí! ¡Alfonso, regresa! ¡Alfonso...!

II

ALFONSO: ¿Cómo durmió mi princesita? Perdona que venga hasta esta hora, pero ya sabes: la policía, los periodistas, la familia...¿Pero por qué lloras? Ya sé, te emocionó verme. Aquí estoy linda.

AMAPOLA: No pude dormir nada, tuve mucho miedo y mucho frío.

ALFONSO: Te dije que en el ropero había cobertores. Si te faltan más sólo dímelo.

AMAPOLA: Creí que me iba a morir.

ALFONSO: Qué cosas piensas. Nadie se muere hasta que le toca.

AMAPOLA: Estuve pensando toda la noche.

ALFONSO: Eso es bueno, tú casi nunca lo haces.

AMAPOLA: Acepto que merezco lo que me está pasando, que no siempre te he dado tu lugar, que mi familia...

ALFONSO: No te estoy reclamando nada.

AMAPOLA: Ya recibí la lección y te la agradezco. Algunas veces se vuelve una egoísta, soberbia. Pero todo eso va a cambiar, te lo prometo.

ALFONSO: Qué bien. Te traje sandwiches de pollo y de huevo. Si no desayunaste sí puedes comer.

AMAPOLA: ¿A qué horas nos vamos de este lugar? No me he podido lavar, no tengo ropa que ponerme.

ALFONSO: No me digas que no hay agua.

AMAPOLA: Hay muy poca.

ALFONSO: Descanso, pensé que te habías quedado sin nada.

AMAPOLA: Dime de los niños. Qué dicen, qué hacen. ¿Están bien? ¿ Los llevaste a la escuela?

ALFONSO: Hoy no. Tú sabes, los periodistas, tu mamá. Pero están bien. Marianita fue la que lloró mucho al no verte. Pobrecita.

AMAPOLA: Cuando regrese le dedicaré todo mi tiempo. Es la más sensible de los tres.

ALFONSO: Bueno, me voy, sólo vine a traerte la comida. No sé si mañana pueda venir, me citaron en la delegación y...Bueno, para que te lleno de preocupaciones. No desperdicies los alimentos ni el agua, sobre todo si es escasa como dices. Ay, se me estaba olvidando, te han hablado casi todas tus amigas, el teléfono no para un momento. Todas me compadecen por mi pena. Son buenas gentes todas ellas.

AMAPOLA: Déjame regresar contigo, te lo suplico.

ALFONSO: No, mi Amapolita, tú sabes que eso no es posible. Tu familia no ha pagado nada, es más, ni se ha comunicado. Ya lo hará. Hay que darle tiempo al tiempo.

AMAPOLA: Deben estar muy preocupados, sobre todo mi mamá.

ALFONSO: Sí, se nota su preocupación. A la mejor ni te quieren y yo creyendo...

AMAPOLA: Déjame hablar con ellos, lo hago frente a ti para que veas...

ALFONSO: Mi querida esposa, sigues pensando en que te casaste con un penitente marca diablo. Ya veo a los policías llegando a este lugar antes de que tú cuelgues.

AMAPOLA: Habla tú, diles que estoy bien.

ALFONSO: Para que me pregunten que cómo sé cómo estás. Te digo que siempre me has subvalorado. Bonita palabra esta, subvalorado, la leí en una nota política.

AMAPOLA: Tengo que saber de mi familia y ellos de mí.

ALFONSO: Lo harán cuando se caigan con la lana. No han de tardar. Bueno, te dejo. ¿Se te ofrece algo? ¿Qué quieres que te traiga la próxima vez?

AMAPOLA: No puedes ser tan cruel, tú eres distinto.

ALFONSO: Dicen que nadie conoce bien a otro ni siquiera a uno mismo. Y ya hablamos de más. Nos vemos.

AMAPOLA: ¡Dios te va a castigar!

ALFONSO: Ayer dijiste que tu familia lo iba a hacer, ya vamos mejorando.

AMAPOLA: ¡Eres un cabrón!

ALFONSO: ¡Bravo, hasta que dijiste una grosería! Pensé que jamás te oiría decir una. Te salió bien.

AMAPOLA: ¡Cabrón!

ALFONSO: Esta segunda vez no le diste el énfasis necesario. Dilo así: ¡Cabrón! ¿Verdad que suena distinto? Debe ser desde dentro.

AMAPOLA: ¡Lárgate! Déjame sola.

ALFONSO: Eso voy a hacer. Bye.

III

ALFONSO: ¿No te vas a levantar a saludarme? Ya sé, estás enojada de que ayer no vine. Disculpa. Pero ya ves como son las cosas en nuestro país. Un periodista preguntó que si yo no tengo nada que ver con tu desaparición, que deben interrogarme. Y lo imbéciles lo hicieron. Hasta eso con cierta cortesía. No dudo que tenga mi línea Telefónica intervenida y que algún agente me vigile. Por eso vengo hasta esta hora. Me imagino que ya no tienes nada de comer, pero te traje todo esto. Hasta toronjas que tanto te gustan. ¿Otra vez llorando? No te digo. ¿Quieres saber de tu familia? ¿No? Ah, bueno. Aceptaron pagar, pero sólo la mitad de lo que pido. De que hay gente coda la hay y tu familia se especializa en eso. Mañana tendré que

quitarte un dedo, pero no te asustes. Sé como hacerlo para que no te duela mucho. A ver, deja verte. Huy, te ves muy mal: pálida, sucia. Nunca te había visto así. Debes lavarte. ¿O ya se acabó totalmente el agua? Déjame ver...Sí hay. Lo que no pude traerte fue ropa, pero mañana te compro algo. En una tienda no porque, repito, me han de estar vigilando. Voy a mandar a un chofer que compre ropa para su mujer en un mercado de ruedas y te la traigo. ¿Qué necesitas? Ya sé, un sueter, ropa interior, alguna falda, una blusa y ya ¿no? Aquí ni modo que le presumas a nadie de tu ropa de marca. Pero di algo mujer y no sólo llores. ¿Dormiste algo? ¿No te ha molestado nada? Huy, tampoco has comido. Eso está muy mal. Si fueras niño te diría como tú le dices a mis hijos: no vas a crecer.

AMAPOLA: Estuve vomitando toda la noche.

ALFONSO: Me imagino que en el baño. Es tan feo eso. Yo cuando me pongo mis pedas me da por lo mismo. ¡Guácala!

AMAPOLA: Si lo que quieres es matarme hazlo pero ya. No puedo vivir así.

ALFONSO: Primero tienen que pagar querida.

AMAPOLA: ¡No vuelvas a llamarme querida! ¿Sabes que te odio, que te odio como nunca pensé poder hacerlo?

ALFONSO: Desde hace mucho que lo haces.

AMAPOLA: No, antes te despreciaba, ahora te odio.

ALFONSO: Yo era una basura para ti.

AMAPOLA: No, basura no, eras una mierda. Y eso eres. Una mierda como lo es toda tu familia empezando por tu madre.

ALFONSO: Mira que estás insultando a tus hijos, si son míos, como supongo, también serán mierda.

AMAPOLA: No metas a los niños. Esto es una cosa entre tú y yo.

ALFONSO: No, ya metiste a toda mi familia también.

AMAPOLA: Perdón, es que estoy muy desesperada. Piensa en mí ya no como esposa o madre de tus hijos sino en una persona cualquiera.

ALFONSO: No, no puedo pensar en ti como una persona cualquiera, eso no, tú eres una persona rica. Eso es lo importante. Por cierto, dame el anillo de boda que traes. Se lo voy a mandar a mi suegro, si no surte efecto mandaré el dedo que lo tenía. No me gusta deshacerme de él pues es de platino, pero ni modo...¡Te dije que me lo des!...Gracias. Espero no perderlo, ya ves lo descuidado que soy. Y me voy. No dejes de comer y también de dormir. No te quedan esas ojeras que tienes. Hasta pareces de mayor edad.

AMAPOLA: ¡Cabrón desgraciado!

ALFONSO: Ahora te salió mejor, aunque te falta un poco, no mucho. Bueno, practica, nos miramos.

AMAPOLA: Mis hijos...

ALFONSO: Están bien, no te preocupes por ellos. Bye darling.

IV

ALFONSO: ¿Cómo me ves? Sí, estoy feliz. Tu familia ya pagó lo que le pedí. Con el anillo bastó. Así que no te tengo que cortar ningún dedo y menos tu orejita. Pero sonrío y no te me quedes nomás mirando. Huy, con esa mirada me asesinas. Te platicaré pues has de querer saber todo. Les puse un ultimátum, les pedí que el dinero me lo llevaran en una bolsa de la Comercial, que lo pusieran en un carrito junto con otras bolsas de comida: pan, verduras, azúcar, cartones de huevo, leche y todo lo demás y lo dejaran en el estacionamiento. Fue fácil. Yo iba con cierto miedo, nunca falta la policía escondida por ahí. Pero no. Martita, tu sirvienta, fue la que lo llevó. Es buena esa chava, deberían subirle el sueldo. Así que ya soy rico. El dinero lo envié a Costa Rica, en dólares por supuesto, allá me

pienso ir a vivir. Creo que nos vamos la semana entrante. Les he dicho a todos que nuestros hijos necesitan distracción mientras tú apareces, que ahora que pagaron no tardarás en hacerlo. Que todos, tú inclusive, vamos a vivir fuera una temporada. Que tú nos alcanzarás y que como en los cuentos de hadas todos seremos felices. ¿Qué te parece? Por supuesto no dije que vamos a Costa Rica, les dije que íbamos a Estados Unidos, que pasaríamos por Disneylandia y por varias ciudades. El día de hoy me hablaron de todos lados para felicitar me por lo del pago y tener la seguridad de tu retorno. Lo que jamás se podrán imaginar todos ellos es lo diferente que estás, de seguro no te iban a reconocer. Lo que no hicieron las dietas lo hizo esta pequeña temporada de aislamiento. Debes ya estar por debajo de tu peso. Eso te ha de dar gusto ¿o no? Hoy, como verás, no te traje nada, ni comida, ni ropa. ¿Para qué iba a hacerlo si no comes y no te pones lo que te traigo? Te ha de gustar verte así de mugrosa y fea, porque te has puesto fea cosa que yo pensé que era imposible. Pero yo soy el único que hablo, será por la euforia del pago. Dime algo. ¿Estás contenta por tu marido, porque él ya salió de pobre? De seguro que sí.

AMAPOLA: Mátame.

ALFONSO: No te oí bien, qué dijiste.

AMAPOLA: Que me mates. Eso vas a hacer ¿O no?

ALFONSO: Lo he pensado mucho. Sé que les haces mucha falta a los hijos, también me he acordado del tiempo en que te amé más que a nadie, lo que me gustabas sexualmente, reconocí tu sentido del humor y la magnífica anfitriona que eras. Pero...Ya ves que yo también uso el pero como lo usas tú. Pero qué puede suceder si apareces por ahí. Tendría que cortarte la lengua y las manos para que no me delates. Con dificultad podrás escribir con los dedos de los pies si te entrenas un poco. También tendría que cortártelos. Asintiendo con la cabeza puedes decir que sí fui yo

el que te secuestró. Y cortarte la cabeza como que ya es mucho ¿no? Así que no me queda otro remedio. De verdad que lo siento mucho.

AMAPOLA: ¡Cállate!

ALFONSO: Dicen, y no entiendo cómo puedan afirmar eso, que las balas no se sienten. Yo creo que sí pero es algo de muy poco tiempo, de un segundo o dos.

AMAPOLA: ¡Maldito serás para siempre!

ALFONSO: Bueno, me voy. Gracias por lo que me diste de bueno y sobre todo gracias por el dinero de hoy. Esto suple a todo lo malo. Bye, bye.

AMAPOLA: ¡Cabrón!

V

ALFONSO: Sé que ya no puedes escucharme pero para tu satisfacción te diré que la bala no maltrató tu cara. Ya te lavé, te puse otra ropa y te maquillé un poco. No estaba bien que te encontraran como te veías. Acostada te ves casi como una princesa. Así eras tú, toda una princesa. Eso le diré a mis hijos para que siempre tengan un bello recuerdo de su madre. Su madre princesa, su madre reina. Ahora sí te dejo para siempre. Te prometo cuidar a tus hijos. Te iba a decir nos vemos pero eso sería una mentira. Adiós es más adecuado. Adiós.

FIN

RESUMEN: Un marido secuestra a su mujer para pedir una fuerte suma de dinero. Lo consigue. Termina matándola.

PERSONAJES: Dos, una mujer y un hombre.